

DON LAPICERO

¿Anacronismo, ficción, realidad? Son tres preguntas que tienen una sola respuesta. Aunque sucedió hace cuatrocientos años, ahora, en nuestro tiempo se ha vuelto a repetir la historia, todo depende de la persona y mente que lo vive; y hubo un señor en nuestro pueblo, que vivió su fantasía como algo real, expresó escenas pretéritas ficticias y en su fantasía a veces las ve y cuenta como reales.

A dos leguas escasas de aquí, hace cuatro siglos Don Quijote, Sancho y el primo se albergaron en una pequeña aldea, que no distaba más de dos leguas de esta Cueva de Montesinos, donde se proveyeron de una madeja de casi cien varas de sogá.

No hace muchos años, pero sí algunas décadas, en esa misma aldea, aldea que tenía su nombre, igual que ahora, pero ahora es mas que aldea, y su nombre es Ossa de Montiel, pues bien, en esa aldea, ahora pueblo, hace algunas décadas vivía un señor muy alto y delgado, tan alto y delgado que parecía un lapicero; de ahí el nombre, le llamaban “el hermano lapicero”. Este buen señor que muchos hemos conocido, tenía la particularidad de ser un bohemio; el Sr. Lapicero era un soñador, o su cabeza estaba llena de fantasías, su catecismo era el libro del Quijote; siempre lo tenía en su casa y no se cansaba de leerlo, de releerlo, se sabía párrafos enteros de memoria, los recitaba casi siempre, tanto si estaba solo o acompañado, soñaba con el Quijote, con Sancho y las aventuras de ambos; se imbuía tanto en la lectura e historias narradas, que se creía coprotagonista en las historias, y comentaba entre los oyentes, cómo se tenía que haber resuelto tal o cual aventura para llegar a buen término; pero claro después recapacitaba, volvía a la realidad y comentaba.

--¡Si yo no soy de armas! Solo he sido pastor y he trabajado en el campo y ahora que por mi edad tengo mucho tiempo libre, me dedico a pulir en lo que puedo a estos mozalbetes; y mi arma o instrumento es él lapicero, y con él y el libro del Quijote, les enseño lo que se, a leer, escribir y como solemos decir en éste nuestro pueblo, las cuatro reglas para que se puedan defender en el día a día, estos zagales que no tienen edad de ir a la escuela.

Por la noche, en su casa les enseñaba lo que podía; cuando dejaban de trabajar en las faenas con las que se ganaban la vida. Los mozos iban con gusto a aprender con este buen señor y casi todos aunque poco, le pagaban en especie y así alumnos y maestro quedaban contentos.

La primera clase siempre era de lectura y el alumno que le correspondía leía un capítulo del Quijote; pero él era quien comenzaba el capítulo, se metía tanto en la historia, que vivía lo que leía y en la mitad de la aventura decía:

--Ahora sigue tú ¡y a ver como lo haces!, ya has visto como lo hago y entono, así quiero que lo hagáis vosotros.

Así los chavales aprendían a leer correctamente, a entonar, respirar en las comas y puntos. Los alumnos lo hacían para aprender; pero el maestro, lo representaba de tal manera que muchas veces en sus interpretaciones, parecía que era el protagonista de la

historia, vivía esa realidad, creía que era el mismo Don Quijote y a veces como tal se portaba; pero todos lo conocían y sabían que era el “hermano lapicero”.

En las mañanas que acompañaba el tiempo, se montaba en su borriquilla, iba al campo acompañado de su galga corredora, corredora y cazadora, pues raro era el día que no cobraba pieza, cuando la sacaba por esos montes; ya que cada uno sabía bien su oficio, nuestro amigo Lapicero a coger esparto para hacer buenas tomizas, pleita y con ella esteras, posones y todos los utensilios que se utilizaban por entonces en las casas de nuestro municipio. También cogía leña seca, siempre la cogía hasta que los serones estaban bien llenos; era el único combustible que se usaba en la casa, para cocinar y calentar el hogar en el invierno. Nunca tenía prisa, hacía las cosas con mucho cuidado y esmero, seleccionando bien la leña y el esparto.

Un día del mes abril, para más precisión era domingo de Resurrección; a eso del mediodía cuando tenía la faena casi terminada, se sentó en una piedra, y se puso a descansar bajo unas frondosas matas, que había en la explanada de la entrada de la cueva de Montesinos; descansar y reponer fuerzas, siempre llevaba bien lleno el zurrón con un buen cantero de pan, queso, sardinas arenque y una vieja bota llena de vino del lugar, vino de uno de los bodegueros de nuestra ciudad, ya que aquí hacían un vino que no tenía envidia a ninguno de la comarca, ni de otra región por muy afamada que sea; eran famosos los vinos que elaboraban, tanto el hermano Guillermo, Juan Pilares, el hermano Gervasio y Periquete, hacían mucho y bueno, pero no todo se consumía en el pueblo; pues venían bodegueros afamados de la Mancha y se lo llevaban y lo vendían con su firma como si fueran ellos los que lo elaboraran.

Las viandas no las acabó, le sobraron más de la mitad; pero la bota de vino, aunque cabía casi un azumbre, la dejó bien seca, eso sí, primero recordaba o recitaba un pasaje del Quijote, y al término de él, levantaba la bota cerraba los ojos y aligeraba el peso de ella, así con pocas aventuras, dejó bien escurrida la vieja pero deleitosa fuente de placer. No hacía frío; pero después de las viandas, se acurruco debajo de la mata y se cubrió con una manta terillana, con el sopor del elixir y acurrucado en la terillana, le pasaron por la mente infinidad de aventuras quijotescas; se veía siempre en medio de ellas, como acompañando a don Quijote, junto a Sancho, se apretaba los ojos, se rascaba la cabeza, se tiraba de las orejas para ver si era verdad lo que veía o estaba durmiendo; no despertaba porque veía que estaba despierto, veía lo que veía y todo era real, tan real que el mismo don Quijote le hablaba y le decía.

--Buen hombre, aunque ya anduve por aquí en otros tiempos, no me acuerdo bien del lugar, ¿está por aquí cerca la famosa cueva de Montesinos?

--No es que esté cerca, está junto a ella, esa gran boca que se ve es la entrada, la entrada de la mismísima cueva de Montesinos; donde el valeroso Don Quijote, vivió y narró lo que su mente u ojos vieron, la inverosímil historia de los encantados del mago Merlín.

--Bien se nota caballero, que conoce bien la historia, no sé quién eres, pero quiero que sepas que yo soy el mismísimo Don Quijote de la Mancha, y serás testigo de esta grande aventura, nunca vista y jamás contada; porque solo se contó lo que sucedió en la primera visita, pero ahora vengo a acabar lo que no empecé en aquella, pues no es de buen caballero, dejar a su dama en el estado y situación que la vi cuando entré por primera vez a esta famosa cueva. Por cierto ¿Cuál es su nombre? Y su lugar de residencia.

--Me llaman Lapicero y soy de estos contornos y para más precisión de la Ossa de Montiel, donde todos los ciudadanos estamos muy orgullosos, de que sea en nuestra cueva donde se produjo la aventura de los encantos de los amigos de vuestra merced.

La sorpresa se la llevo el bueno de Sancho, cuando vio a su señor hablando con el que hoy diríamos su doble; por más que abría los ojos veía siempre lo mismo, a su amo hablando con el Sr. Lapicero, puro calco el uno del otro, en imagen y casi en edad.

--Mire bien lo que hace Sr. Don Quijote, (dijo el Sr. Lapicero) la aventura de nuestra famosa cueva ya la hizo, y solo hubo narración pues no intervino en peleas y no enderezo ningún entuerto; y a mi poco entender y mucho estudio de la misma, pasó lo que tenía que pasar, solo información, y poca acción; pues en esos momentos no los podía desencantar.

--Razón tienes amigo Lapicero, solo fue de información y como te digo ahora, vengo a desencantar lo que no desencante en su momento; pues esta mi señora como la deje, haciendo cabriolas la muy encantada, y como supongo que se habrá gastado los cuatro reales que le di en aquel encuentro; vengo a desencantarla con el filo de mi espada y la fuerza de mi brazo.

--Muy bien me parece que desencantes a tu señora, ya que un caballero de tu alcurnia y lustre no es de recibo que enderece entuertos y deje su casa sin barrer; eso sí, no hay que derramar sangre, razón, sé que tienes razón, pero estos casos se desencantan a estacazos y para eso ¡que mejor! Que este garrote, sacado de una rama de carrasca; pero la verdad, harto estoy de bajar a la cueva y nunca vi palacios de cristal ni choza que se parezca, así que a ¿Quién? O a ¡que! le tenemos que atizar para desencantar, a no ser que por encantamiento sean las sombras y piedra que se ven en formas de cabezas, los magos que han cometido tal fechoría con tu señora.

--Bien se nota compañero, que aún no estas forjado en esto de la andante caballería; como todo es encantamiento, nada de lo que ves es lo que parece, y tenemos que andar con tiento, para ver como tenemos que actuar en cada momento, ya sean sombras o peñascos, pero eso sí, si es con el garrote, garrotazos al aire; para ver si pillamos en un descuido al espíritu del mago Merlin, pues es muy difícil que se deje ver y menos sorprender; ya sabe muy bien, que cara a cara, sin artificios ni encantamientos siempre tiene las de perder.

Mientras tanto Sancho dando grandes voces decía.

--Mi señor, mi señor, mira lo que veo, una gran procesión que sube por la cuesta de la Almagra, mucha gente de luto y muy apenada.

En efecto por la cuesta de la Almagra subía el Sr Montesinos, con su larga barba nevada, que como en su primera aventura le llegaba hasta la cintura, acompañado del escudero Guadiana, de la Sr^a Belerma, D^a Dulcinea e infinidad de plañideras, acompañando el cuerpo de Durandarte. A esto Don Quijote cuando los vio enseguida los conoció y dijo.

--¡Pero bueno! No estabais encantados en las entrañas de esta cueva; aquí vengo de nuevo a desencantaros para que volváis a la vida verdadera, y ahora con la ayuda de mi amigo Lapicero, ¡que con este garrote mágico!, a garrotazos saludaré a quien tenga que recibirlos, para deshacer el hechizo, y así todos contentos y yo más con mi amada Dulcinea en su estado natural.

Responde Montesinos.

--La verdad valeroso caballero; por eso hemos salido de esta profunda sima. El fiel escudero Guadiana, que todo lo ve y barrunta, como tu escudero Sancho, y sabiendo lo que está sucediendo y va a suceder. Dijo que como su río Guadiana salía a la superficie cuando se le antojaba y volvía a las entrañas de la tierra cuando quería; de esta manera hacemos nosotros lo mismo, salimos de la profunda tierra por el pozo de la mina, y aquí nos tenéis para esperar y ver lo que venga; pues desde que vine de Paris y Merlín me metió en la cueva, no he salido de la tierra. Lo último que hice en mi vida verdadera, fue entrar en Paris, cuando las campanas tocaban al alba, e iba con el corazón de mi primo Durandarte, para entregarlo a Belerma. Y al verme me saluda de esta manera.

< ¡Ay, triste de mí, cativa, ay triste de mi cuitada; ay triste de mí, aburrida!, algún mal se me acercaba, pues ahí viene Montesinos, embozado en una capa, tu primo ¿Cómo quedaba? --mi primo quedara bueno, mi primo bueno quedara, mi primo quedara muerto, al pie de una verde haya, aquí traigo el corazón, yo mismo se lo sacara>

Así cantaba el romance y aún más seguía, cuando Lapicero emocionado con tanto encantado que había que desencantar. Dijo:

--Dejémonos de cantares y vamos a lo que nos interesa, ¿a qué cabeza o barba tenemos que atizar, con la maza de la estaca?

Montesinos responde.

-- ¿Quién es este caballero, que en la cueva no aparece ni en la historia verdadera?

-- No preocuparos Montesinos, este hombre no es caballero, sino ciudadano de estos contornos; que conociendo bien mi historia, se ha ofrecido para ayudarme a desencantaros, a vosotros y a mi bella dama, con el poder que porta su humilde pero inigualable garrote mágico.

--Si es tan grande el poder que porta su garrote mágico, está muy bien recibir ayuda, pero ayuda entre iguales. ¿Este hidalgo, es o no es caballero?

-- Ni es hidalgo ni caballero, es un villano de estos lugares, y por más señas dice que le llaman Lapicero. Eso sí, por caballero lo tengo, por su conducta y moralidad.

--Así, no puede recibir ayuda un caballero por muy buena conducta y moral que tenga el que la presta; y más siendo vos de vuestro linaje, pero todo tiene arreglo armándolo caballero, yo seré el maestro de ceremonias y tú el testigo. ¿Qué armas portas?

--Sr. Montesinos, como dice mi venerado Don Quijote, aquí porto este garrote, y a buen seguro, que cuando haga uso de él moviéndolo a diestra y siniestra, haciéndole silbar con el brío de mi brazo, cascando buenos garrotazos a los encantadores, no habrá encanto que se le resista, y sí, mucha dicha que celebrar.

--Dame esta venerable arma que la bendiga; yo, con ella te doy unos ligeros golpes en la cabeza, hombros y espalda, y te nombro caballero de la invencible caballería, y te llamare "Don Lapicero", y desde ahora te llaman Don Lapicero de estos lugares. ¿Tienes dama y escudero?, pues sin ellos no puedes participar en peleas ni combates, para enderezar entuertos.

--Sr. Montesinos, como ha sido todo tan repentino, no me ha dado tiempo de buscar escudero, pero alguno habrá en el lugar que se preste a serlo.

--No da tiempo para andar buscando. Dijo el escudero Guadiana; como mi Sr. está muerto y bien muerto, pues tú mismo le sacaste el corazón, yo me ofrezco para ser su escudero, y no dilatar más las aventuras, ya que todos estamos deseando volver a nuestro estado original.

--Por mí no hay inconveniente; dijo Montesinos, pero ¿y dama a quien encomendarte? Cuando entres en singular batalla.

--Por eso que no se atrasen los desencantos; dijo la Sr^a Belerma, que yo seré su dama verdadera.

Eso es lo que dijo la Señora Belerma, que aún seguía con mal color y peor cara como en la primera historia de la cueva.

--El escudero lo acepto, pero con todos mis respetos, no, a la Sr^a Belerma, que ya tengo esposa y por su edad, sin mal mensil; pues me ofreció toda su juventud y además me dio dos hijas, que ya están en edad casadera, y siendo ya caballero como soy, está muy feo cambiarla, aunque sea el cambio por la mismísima Belerma.

--Te honra tu decisión; dijo Montesinos, de caballeros es ser bien agradecidos, y si tu dama aparte de servirte, te dio su juventud y dos hijas, no hay porque cambiarla, pues señoras así son las que hacen falta en el reino, para la crianza, y educación de los hijos.

--Dejemos ya los diálogos y chácharas; dijo Sancho y cojamos el garrote que se nos amontona el trabajo, yo mismo esa arma la puedo usar, pues antes de ser escudero de mi Sr. Don Quijote, cuando salía al campo siempre llevaba uno en la mano, y doy fe, que hacía buen uso de él; pues para dar buenos garrotazos no hay porque ser armado caballero, así que Sr. Don Lapicero, si me da licencia cambiémoslo de mano, que yo mismo puedo hacer parte del trabajo, porque se oyen ruidos y rebuznos, y según oigo no están muy lejos de aquí, y esas son otras aventuras que hay que resolver, y esta de los desencantos aún no la hemos comenzado.

En efecto ese ruido que se oía, no era otra cosa que la banda de música del lugar, porque se celebraba la romería del santo patrón, y lo llevaban de la ermita a la iglesia de la Ossa; con gran juerga y algarada, tirando y explotando de cuando en cuando sonoros petardos. Por eso no es de extrañar que el bueno de Sancho se asombrara de tanto ruido y jolgorio; pues al santo lo llevan los quintos después de estar toda la mañana comiendo y bebiendo en los alrededores de la ermita, y cuando dicen ¡vamos a por el santo! Entre ellos lo cogen y en un santiamén se presentan en el pueblo con él. Pero Sancho y los demás al oír tal algarada, pensaron, ¡no empezamos una aventura cuando ya tenemos otra a la vista!; sobre todo cuando la borriquilla del amigo Lapicero, con tanto petardo se asustó y no paraba de rebuznar, y Don Quijote pensó y comentó extrañado.

--¡Si antes de la aventura del rebuzno!, tenemos que resolver el desencantamiento de los encantados de la Cueva de Montesinos.

Tanto rebuznaba la burra; que el hermano Lapicero no tuvo más remedio que abrir los ojos, despertar y mirar a su alrededor, para ver a los compañeros de aventuras; pues al momento de despertar aún creía que era real el sueño que vivió, pero al levantarse y desprenderse de la terillana, le dio el aire y se refresco, y comprendió que todo fue un fantástico sueño, y los rebuznos de su borriquilla, lo habían bajado del Olimpo a la realidad.